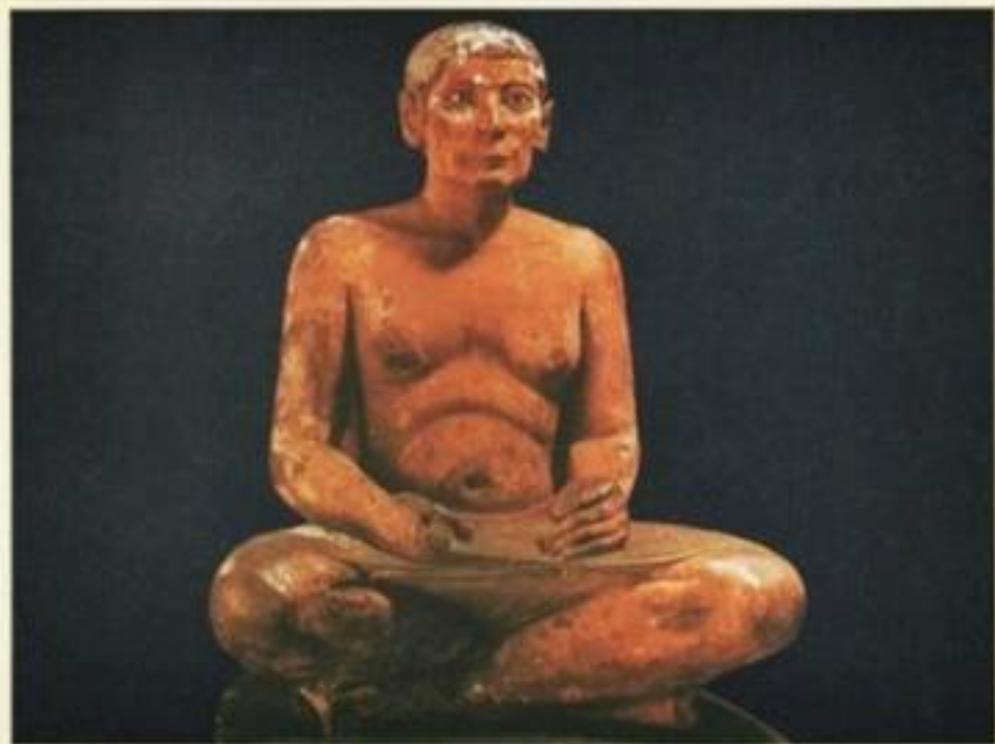


CUADERNOS

historia 16

Faraones y pirámides

A. Blanco Freijeiro, Francisco J. Presedo y M. A. Elvira



70

Entrega n.º 70 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a los faraones y pirámides de las dinastías del Imperio Antiguo egipcio.

Carpinteros trabajando (mastaba de Ti, V dinastía).

Indice

FARAONES Y PIRAMIDES

El genio de Djeser

Por Antonio Blanco Freijeiro

De la Real Academia de la Historia.

Las grandes pirámides

Por Francisco J. Presedo Velo

Catedrático de Historia Antigua.

Universidad de Sevilla.

El humanismo cortesano:

la V Dinastía

Por Miguel Angel Elvira

Profesor de Historia Antigua.

Universidad Complutense de Madrid.

Bibliografía

El genio de Djeser

Por Antonio Blanco Freijeiro

De la Real Academia de la Historia

HACIA el año 2650 a. C., tras una etapa de unos cuatro siglos de duración^[*], entra Egipto en la época de las pirámides. En comparación con éstas, todas las realizaciones de la etapa anterior —algunas tan meritorias como la invención de la escritura jeroglífica o la institución del calendario astronómico— no pasan de preámbulos.

Además de monumentos capaces de dejarle a uno sin aliento, las pirámides son el exponente de una época de poco más de tres siglos de duración en la que el espíritu egipcio realizó sus mayores contribuciones a la historia de la humanidad.

Muchas podrían enumerarse: implantación de un orden social más justo y equilibrado que cualquier otro de su época: desarrollo increíblemente precoz del hombre como individuo: establecimiento de escuelas de teología que, en algún caso, como en la menfítica, frisan en la concepción de un dios trascendente, muy similar a la de la teología de las religiones superiores: desarrollo de una ética basada en el respeto y el amor al prójimo con un sentido muy parecido al cristiano.

Reyes-Dioses

Pero quizá lo más admirable de los antiguos egipcios sea su escatología, su afán de inmortalidad y todos los modos de concebir la existencia posible después de la muerte: en unos casos, algo así como el Elíseo del pensamiento griego, praderas llenas de flores y fecundos trigales, cultivados por los súbditos del rey bajo la prudente guía de éste; en otros, un paraje celeste, lleno de luz y de todas las bellezas del mundo terrenal, presididas por la simpar hermosura del faraón identificado con su padre, Ra, el dios sol; por último, un mundo tenebroso, severamente regido por un Osiris, con quien también se identifica el faraón.

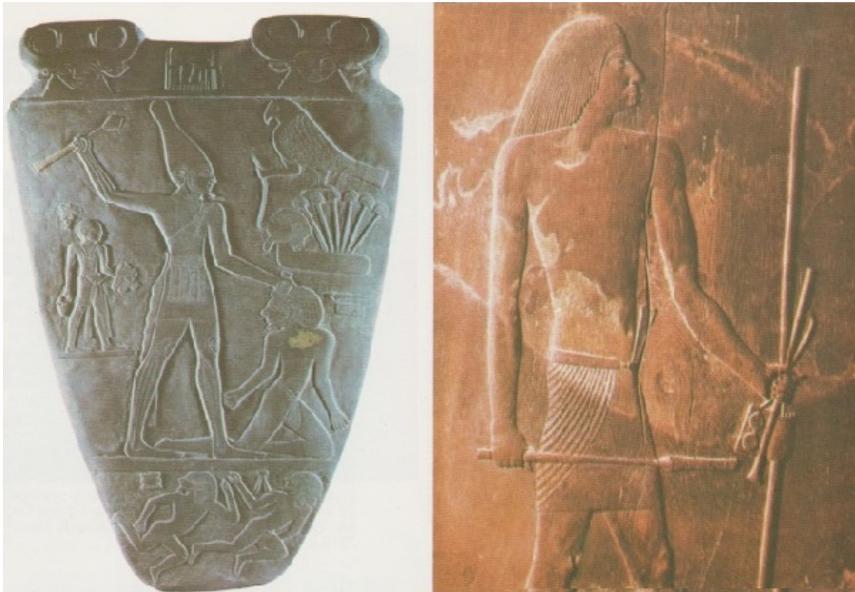
Como escribía en su diario de 1921 el gran artista gallego Castelao, tras su primer encuentro con lo egipcio en el Museo del Louvre: *Yo sentí allí la verdadera inmortalidad y bien quisiera que nuestra civilización no se hubiera apartado de las cosas del espíritu...*

El problema interno del Egipto de sus primeros tiempos había consistido en encontrar fórmulas de convivencia entre una aristocracia dominadora y la masa de la población dominada. La solución, impuesta por la fuerza de las armas, dio como resultado un país rigurosamente jerarquizado, con un jefe en la cúspide que no sólo era rey, sino además dios, y no un dios cualquiera, sino el más poderoso de todos ellos, aquel que infundía su divinidad a los demás.

La unificación del país y la implantación de este credo religioso costaron los derramamientos de sangre y las caídas de cabezas que aparecen sencilla y crudamente representadas en relieves como los de la Paleta de Narmer, y narrados en inscripciones como las de la peana de la estatua sedante del faraón Khasekhem, en donde se consignan con la más escrupulosa exactitud los miles de muertos con que aquél sembró los campos del norte del país.

Apenas resuelto de manera tan expeditiva el problema de la unidad y de la convivencia ciudadanas, comenzó a agudizarse otro, no ya social como el primero, sino espiritual. Dentro de una mentalidad primitiva como la del Egip-

to arcaico, y la de cualquier otra sociedad que conciba a Dios como una energía susceptible de encarnar en determinados seres animados e inanimados, no había dificultad en aceptar al faraón como encarnación de la misma energía que podía residir en el cielo y en otros cuerpos astrales o terrestres. Y así ocurrió que el faraón, el cielo, el sol y el halcón (Horus) eran contemplados allí y entonces como manifestaciones de una misma y sola potencia.



Paleta de Narmer: el rey aparece matando a sus enemigos (izquierda). El escriba jefe Hesiré, en un bajorrelieve de la III Dinastía (Museo de El Cairo, derecha). La estela que se repite a lo largo de todo el Cuaderno representa al faraón de la IV Dinastía Micerinos con la diosa Hator y, a la derecha, el nomos del Alto Egipto.

Entre las virtudes de esta potencia despuntaba una de la máxima importancia, el poder creador: todos los seres animados, se creía entonces, recibían del faraón-sol en el momento de su concepción su espíritu vital.

Pero, en cuanto esta identidad del faraón con el cielo, el sol y el halcón empezó a ser objeto de reflexiones y dudas,

la base de la religión oficial empezó a resquebrajarse. La propensión egipcia a un relativismo que consideraba, por ejemplo, que el sol naciente y el sol poniente eran seres distintos, comenzó a hacer mella en las creencias tradicionales.

Una de las fases del astro rey, Ra en egipcio, el *sol naciente*, se independizó como dios del mundo y asumió las funciones de creador que hasta entonces se había arrogado el faraón como encarnación del mismo. El *ka*, el espíritu vital, de ese *sol naciente* reemplaza en sus funciones al *ka* del faraón: mientras antaño los recién nacidos recibían del *ka* del faraón el soplo de su espíritu, ahora lo reciben del *ka* solar.

La reacción

A la difusión de esta creencia que ponía en entredicho su condición de creadores, respondieron los faraones con una portentosa exhibición de poder: las pirámides. Estas gigantescas moles de piedras los eternizan para siempre; de las pirámides, y sólo de ellas —afirma el nuevo credo— emanan las fuerzas que garantizan la supervivencia de Egipto. Es necesario erigir enormes mausoleos; su construcción ha de tener para el pueblo el valor de un servicio religioso.

En su competencia con el culto solar, las pirámides van a alcanzar dimensiones cada vez mayores, hasta culminar en los colosos de la IV Dinastía. Y sólo cuando al fin de ésta el culto solar alcance la supremacía en aquella disputa, las pirámides volverán a disminuir de tamaño y su construcción se verificará con menos celo.

Para hacer posible la participación del pueblo en el servicio religioso que es la construcción de la pirámide, el país entero es objeto de organización. Las posesiones del rey en cada distrito o cantón se convierten en centros políticos y

administrativos del mismo. Las aldeas pierden el grado de autonomía de que habían disfrutado hasta entonces como células de una sociedad patriarcal. Sus habitantes están sujetos a traslados obligatorios de una finca real a otra.

Sin prestar atención a los afanes naturales del individuo y a su tendencia a echar raíces en el terruño, la propiedad privada es abolida. Todos los egipcios están al servicio del faraón. Este se cuida de ellos conforme a la capacidad, oficio y actividad de cada uno. Esta nueva situación impuso una reforma en profundidad de la administración y fomentó una nutrida burocracia.

Gracias, sin embargo, a esta nueva organización, fue posible el prodigio de que hombres acabados de surgir de la Prehistoria, hombres cuyas manos nunca habían hecho nada más alto que una choza o una casa de adobe, levantasen esas moles que desde entonces han sido el pasmo de la humanidad, no sólo por su apariencia física, sino por el espíritu que las anima.

Es sintomático que egipcios de épocas muy posteriores, dueños de expresarse entonces con cierto grado de libertad, no pronunciasen ni escribiesen una palabra contra el sistema que había hecho posibles aquellas realizaciones. Otra cosa es Herodoto: pero Herodoto es un griego, y como griego, lleno de prevención contra déspotas de la talla de Keops. No; ningún egipcio estimaría justa su semblanza de Keops, llena de errores además. Todos los grafitos que los egipcios de épocas posteriores escribieron en las paredes, en los pasillos, en los templos de las pirámides, manifiestan sólo el asombro que éstas les producían y en algún caso añaden no haber recibido en su vida impresión más honda,

El estado de conservación de las pirámides varía mucho, desde las que se encuentran relativamente enteras, hasta las que son hoy poco más que una duna o un montón de cascotes. Uno de los que mejor las ha estudiado, I. E. S. Edwards^[1], considera que de momento podemos dar por

localizadas alrededor de ochenta de ellas. Las más antiguas, sin duda, son las pirámides escalonadas, y la primera y principal de éstas fue la construida en Sakara para Djoser, el segundo faraón de la III Dinastía (2635-2615 a. C.).

Djoser y su ministro Imhotep

A ellos se debe una de los más grandes logros de la civilización egipcia: la arquitectura en piedra, esto es, la consagración de la piedra como material de construcción que por su nobleza y su belleza no ha sido superado hasta hoy.

La época *Tinita* había utilizado la piedra como refuerzo de sus edificios de adobe; pero ahora se trata de su empleo exclusivo, algo que requería mucho trabajo y habilidad para dominarlo. Tal y como se había desenvuelto la técnica de adobe, Egipto no tenía necesidad de hacer uso de la piedra, como Mesopotamia tampoco la tuvo (ni la empleó). Si Egipto lo hizo, fue única y exclusivamente por sus creencias religiosas.

Desde tiempos remotos los egipcios venían dando muestras de una profunda aspiración a encontrar un material eterno, no tanto para construir edificios como para hacer cosas indestructibles. Ya en el círculo de la cultura neolítica Badariense se ve que no se conforman con la cerámica, y hacen recipientes de piedras durísimas: basalto, pórfido, serpentina, más aptas para hachas, azadas y mazas que para vasijas.

Pero una aspiración no es una necesidad, y por eso la piedra no se aplicó al principio a toda la arquitectura, civil o religiosa. La razón de que no se hayan conservado restos de templos, palacios y otros edificios del Imperio Antiguo hay que buscarla en el hecho de que no eran de piedra, sino de adobe y de madera.

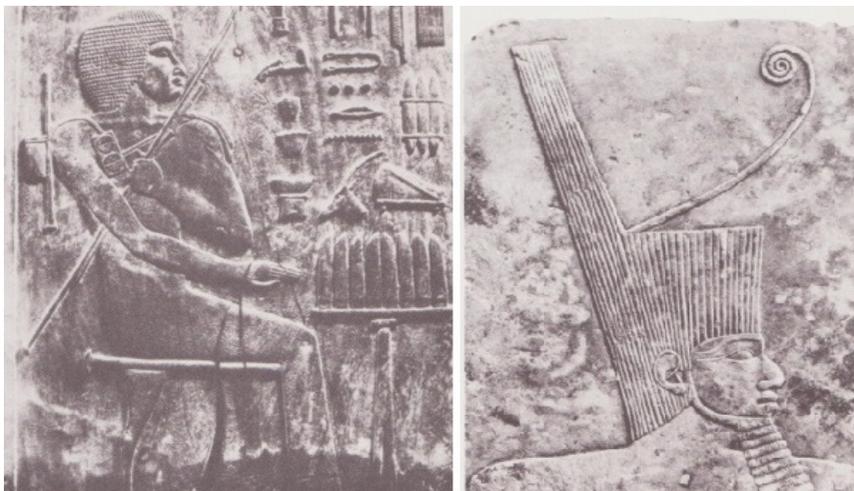
La arquitectura en piedra nació, pues, para los muertos, y a ellos estuvo reservada al principio, Sus cualidades de

dureza y permanencia hacían de la piedra el material idóneo para el reposo de los difuntos y la custodia y conservación de sus ajuares. Y así fueron las tumbas las primeras en beneficiarse de ella.

El proceso gradual de su desarrollo —la que pudiéramos llamar gestación de la arquitectura en piedra se deja seguir a lo largo de las dos primeras dinastías, cuando la piedra es sólo un elemento más junto al adobe y la madera. Así se construyeron durante las dinastías I y II mastabas y túmulos que, si no son palacios funerarios, merecen por lo menos el calificativo de mansiones. Pero, tras ellos se produce un salto de tal magnitud que sólo se puede explicar como fruto de un afán nunca antes sentido.

En efecto, de pronto, como un meteoro, una arquitectura deslumbrante, jamás vista por el hombre, surge a comienzos de la III Dinastía: la verdadera arquitectura en piedra. Djeser ha encontrado en ella el instrumento con que hacer ostensible la divinidad del faraón, la eternidad de su poder.

Sobre el nacimiento de esta arquitectura flota un personaje tan fuera de lo común, que pese a su condición de histórico, la posteridad hizo de él un héroe mitológico. Se llama Imhotep. Dos mil años después de muerto lo encontramos en el Egipto helenístico, con el nombre de Imuthes, convertido en dios de la Medicina, equiparado al Esculapio grecorromano. En vida le fueron confiados por su señor, Djeser, los cargos de mayor responsabilidad del país: gran visir, juez supremo, inspector de la real secretaría, portador del real sello, arquitecto de todas las obras del rey, inspector de todo lo que el cielo trae, la tierra cría y el Nilo aporta.



El escriba jefe Hesiré (procedente de la necrópolis de Sakara. III Dinastía, Museo de El Cairo, izquierda). Representación del faraón Djoser (Museo Metropolitano, Nueva York).

Esta universalidad de Imhotep, difícil de concebir en épocas posteriores, sólo podía manifestarse justificadamente en los estadios iniciales de una gran civilización, cuando todo tenía que ser, primero, inventado y, después, organizado.

Una de las inscripciones de Sakara aporta un dato más acerca de este curioso personaje: era sacerdote de Heliópolis. Esta faceta era la que faltaba para completar su perfil como el de un mago que en el umbral entre la Prehistoria y la Historia, cuando aún la medicina y la magia no estaban separadas, alcanzó un prestigio por su saber y su talento que las generaciones venideras no pudieron olvidar. Y si ésta fue la principal razón para que lo divinizaran, no hay duda de que a ello contribuyeron también sus realizaciones como arquitecto, pues el recinto funerario de Sakara fue visitado y reverenciado durante toda la Antigüedad. Y si se miran así las cosas, resulta que al igual que la medicina de Imhotep, también su arquitectura es inseparable de la ma-

gia: más aún, entra de lleno en el mundo de lo mágico-religioso.

La fiesta del Hebsed

En efecto, el vasto conjunto monumental de Sakara no es sólo un mausoleo real, sino un escenario de actividades mágicas, donde el *ka* del faraón va a seguir desempeñando ciertos cometidos durante toda la eternidad. Su función primordial será la de la renovación de su juventud y de su fuerza, sin las cuales su figura sería inoperante. Vistas las raíces prehistóricas de esta creencia, veamos ahora en qué consistía la ceremonia correspondiente.

Componían el Hebsed, o Fiesta de Renovación de la realeza, varios actos rituales, el más importante de los cuales era la repetición de la ceremonia de la coronación del faraón como rey de las dos mitades del país^[2].

La ceremonia requería como escenario un espacio descubierto rodeado de las capillas de todos los dioses. Un cortejo presidido por un sacerdote visitaba primero las capillas de los dioses de los cantones del Alto Egipto y recababa su consentimiento para que la realeza del faraón fuese renovada. Una vez que todos habían dado su anuencia, el rey ocupaba el trono, cubierto de baldaquino, en el extremo meridional del patio y allí era coronado como rey del Alto Egipto con la corona blanca del mismo.

La ceremonia se repetía después, punto por punto, ante los dioses del Bajo Egipto, con idéntico resultado: la coronación del rey con la corona roja de esta mitad del país. Seguidamente se procedía a la unificación, ceremonia consistente en atar dos plantas simbólicas a los lados de una estaca: el loto del sur y el papiro del norte (la zona del delta del Nilo).

Pero la celebración de estos actos dependía de otro realizado previamente y muy característico de las monar-

quías sacerdotales primitivas: una carrera a pie en la que el rey, desnudo, con un flagelo en la mano, había de poner en evidencia una buena forma física cubriendo con la debida rapidez una ruta prescrita. Por un afortunado hallazgo nos es dado hoy ver a Djeser en un relieve cumpliendo con este rito. En esta carrera, se nos dice, le acompañaban su perro y el sacerdote de las Almas de Nekhen, esto es, de los reyes del Egipto prehistórico. Con esta prueba de agilidad el rey garantizaba la fertilidad de los campos del país.

La pirámide de Sakara

Así se la viene llamando desde que existe la egiptología y pese a no tener la forma de una pirámide, sino más bien la de una mastaba escalonada, o tal vez mejor la de una superposición de mastabas. Las excavaciones y exploraciones del siglo actual, a las que dedicó sus mejores afanes el francés Jean Philippe Lauer^[3], pusieron al descubierto que lo que antaño se veía, la pirámide, no estaba sola en las arenas del desierto, sino rodeada de otros muchos edificios.

Lo que aglutinaba a estos elementos en un todo compacto era una muralla que lo encerraba en un rectángulo de 544,90 metros de largo por 277,60 de ancho. El muro estaba animado por resaltes y nichos que le daban un aspecto de mastaba, de palacio funerario, aunque eso sí, de dimensiones enormemente superiores a todo lo realizado hasta entonces en aquella zona.

Pese a la vastedad de sus dimensiones, el recinto no tenía más que una puerta de comunicación con el exterior. Esta puerta, que nunca tuvo hojas, es un vano angosto, de apenas un metro de ancho. Por lo demás, la muralla acaso reprodujese en piedra las *murallas blancas* de la ciudad vecina. Menfis, muralla hecha de adobes enlucidos de blanco.

Una vez acabada la obra de Sakara, lo único que visto por fuera sobresalía de aquellos muros era la pirámide. Y

ésta fue seguramente su *raison d'être*, el deseo de que la tumba emergiese sobre la masa del palacio que la rodeaba.

Los desperfectos que ofrece la pirámide han permitido examinar y estudiar su estructura interna con bastante detalle. De esto se deduce que la pirámide no fue el resultado de un proyecto, sino de una serie de tanteos sucesivos que dieron por resultado una mole de seis escalones, de alturas desiguales, hasta alcanzar la pasmosa de 60 metros.

Primero se edificó una mastaba cuadrada, de 63 metros de lado por ocho de altura; después se le añadió por los lados una segunda capa de caliza de Tura, de tres metros de ancho, pero 60 centímetros más baja que el edificio original, dando así lugar a una incipiente mastaba escalonada. A todo esto se le sumó por el lado oriental una ampliación de seis metros de espesor, que convertía el cuadrado de la planta existente en un rectángulo.

Antes de revestir de caliza de Tura, este nuevo anejo (el resto se construía con caliza local de calidad inferior), hubo un cambio completo de proyecto: la mastaba fue transformada en el primero de los escalones de una pirámide de cuatro. Por su lado norte se comenzó a construir un templo funerario; pero antes de que las dos obras se acabasen se produjo un nuevo cambio de plan, el quinto, consistente en ampliar la pirámide hacia el norte y hacia el oeste y en darle mayor altura, añadiéndole dos escalones más.

La enorme mole de la pirámide, dominadora de una amplia perspectiva y, por tanto, visible desde grandes distancias, coronaba un laberinto subterráneo de corredores y cámaras. La principal de éstas, la del sarcófago, situada en el centro, se hallaba a 28 metros de profundidad en el subsuelo. Una losa de dos metros de longitud y tres toneladas de peso cerró definitivamente el acceso a aquella cámara después del sepelio. Las estancias vecinas, algunas sin terminar, imitaban los aposentos de un palacio y sus decoraciones, con relieves de alabastro y mosaicos de loza, inspirados en esteras.

Alrededor de la pirámide, una serie de edificios y patios completan el escenario que Djeser preparó para su vida de ultratumba: templo funerario, patios y capillas del Alto y del Bajo Egipto, patios del Hebsed, patio del *serdab*, etcétera. Ningún otro faraón tuvo un mausoleo tan amplio y suntuoso; en ninguna pirámide se vuelve a encontrar, por ejemplo, el patio del Hebsed. Muchos edificios son puramente simbólicos; forman parte de una escenografía como la que hoy se construye para rodar los exteriores de una película: a espaldas de sus fachadas no hay más que un relleno de piedra.

Habría sido facilísimo dotarlos de un interior normal, pero no se hizo así, primero porque no era necesario: segundo, porque los egipcios nunca mostraron interés por la organización de espacios interiores: mucho más que eso les importaba la colocación de los volúmenes en el espacio exterior, la obra humana en el cosmos.